

En el idioma de algunos pueblos originarios que habitan los diferentes continentes de nuestro planeta no existe un término específico para nombrar lo que nosotros, los occidentales, denominamos música... Afirman los especialistas que no hay una palabra que designe concretamente el hacer musical porque lo que entendemos por música es apenas un aspecto, una parte, de algo más amplio que la incluye: en aquellas comunidades, la música sucede en el contexto de un rito profundamente relacionado con la naturaleza y la esencia de lo humano, de una ceremonia donde los sonidos se mezclan con las palabras, el movimiento y los gestos con el tañido de tambores y otros instrumentos, en un marco donde se despliegan creencias, costumbres, identidades, la vida en su totalidad. La música es un alimento básico. El niño, desde antes de nacer, registra y responde naturalmente a los estímulos sonoros que irá acopiando junto a otras experiencias sensoriales significativas a lo largo de su vida.

El sonido induce en el infante las más variadas respuestas: escuchar el canto de su madre, de su padre o de sus seres queridos en algunos momentos lo tranquiliza, lo adormece, mientras en otros lo alegra, lo hace agitarse y sonreír. El niño pequeño disfruta plenamente del invaluable tesoro sónico que le ofrecen la naturaleza y la música. La primera infancia es el reino del juego, donde el descubrimiento de la realidad se da la mano con la fantasía y el festín de la sensorialidad, que dispara la acción del cuerpo en su totalidad. Un territorio fascinante que crece y se desarrolla al latido de la libertad y el movimiento. El niño de hoy es cada vez más precoz, por la diversidad y riqueza de sus procesos de desarrollo. Es un niño que percibe, siente y piensa, desde un estadio hasta hace no mucho tiempo desconocido; un niño que interroga, explora, se fascina y a menudo se comporta como interlocutor válido de sus padres y de los adultos que lo rodean. Para el niño, vivir es sentir, percibir, pero sobre todo mover, moverse: vocalizar, cantar, balancearse, danzar, explorar el mundo que lo rodea de mil maneras.

Todo esto sucede espontáneamente bajo la mirada amorosa y contenedora de los padres, primero, y luego de los maestros, que acompañan al pequeño en la maravillosa aventura de explorar el mundo. Los procesos y los productos de este período de la vida, desde el nacimiento y a través de los primeros años, conforman un verdadero compendio de belleza y de autenticidad, una genuina antesala del arte. Magdalena Fleitas es una sensible promotora de estos apasionantes recorridos intrapersonales, multidisciplinarios y multiartísticos de la primera infancia. Por su formación musical, pedagógica y musicoterapéutica, conoce de manera profunda el mágico mundo de la música y sabe que este, por su naturaleza peculiar, integra todas las artes y no tiene parangón frente a ningún otro tipo de estímulo en esta etapa vital.

Los maestros de la escuela de Magda son artistas que juegan, cantan, bailan, hacen música y arte junto a los chicos; actividades que les permiten rescatar algunos valores que, en estos tiempos monopolizados por la eficacia, la velocidad y la tecnología, se han perdido, devolviéndole a la vida la naturalidad, la alegría y el encanto de ese compacto en el que conviven la música y las artes. Musicalizadora nata, Magda viene desarrollando en nuestro medio una destacada acción educativa y artística. Además de los valiosos discos y los espectáculos para niños que presenta periódicamente, nos sorprende ahora con esta obra, su primer trabajo escrito, dedicado especialmente a los padres —¡excelente idea!—, donde comparte su recorrido profesional y valiosos “secretos” educativos, inspiradoras sugerencias y experiencias artísticas. En suma, nos complace presentar este trabajo verdaderamente modélico que deseáramos se multiplicara en nuestra sociedad, para el beneficio y la alegría de chicos y grandes.